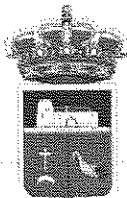


# XIV CERTAMEN LITERARIO

# mujer y literatura



Ayuntamiento de Vúcar  
*Concejalía de Mujer e Igualdad*  
*Corazón del Poniente*



Centro Municipal de Información a la Mujer de Vúcar  
Instituto Andaluz de la Mujer  
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL

Asociación de Mujeres CALIZA  
Asociación de Mujeres CLARA ZELKIN  
Asociación de Mujeres ALBAHACA  
Asociación de Mujeres del Mundo Rural CERES



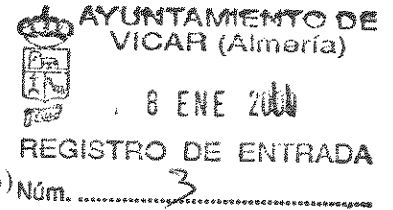
ASOCIACIÓN FOTOGRAFICA DE VÚCAR

*Relato Corto*  
*Primer Premio*

# 1º Premio. RELATO CORTO

## La vida es bella

(Seudónimo: Benigni ; Modalidad: Relato corto)



Era buena aquella película que Carlos se trajo del instituto, muy buena. “La hemos visto en tutoría, mamá”, me dijo, “y he pedido a la profesora que me la preste, para que tú y papá la veáis”. Cuando le pregunté que por qué la vieron en clase me dijo que era con motivo del Día de la Paz, pero una vez que estuve a solas sentada frente al televisor descubrí cuál era la verdadera intención de nuestro hijo. *La vida es bella* leí en la carátula con sonrisa triste, una vida que para mí era un nubarrón de lluvia sucia; luego la puse en el DVD y comenzaron los acordes de una música que ya para siempre se me hizo inolvidable, la sonrisa perenne en el rostro cómico y bondadoso de Roberto Benigni y una historia de amor que me impactó como una flecha. La película era eso, una historia de amor por encima de los alegatos contra la monstruosidad de la guerra y el odio racista, y con la que creo que Carlos quiso restaurar, en un intento desesperado, el que se te había evaporado dando lugar a un odio como el que en *La vida es bella* gastan contra los judíos: irracional, perverso y frío. Cuando llegó el punto final, lloré, tanto por lo acontecido en la película como por el tenebroso rumbo de nuestra relación, y suspiré porque volvieras a amarme como Benigni hace con Nicoletta Braschi. Fue entonces cuando pensé que quizá el ofrecimiento de Carlos tuviera su razón de ser, y te esperé hasta la noche, cuando regresaste con la piel y la ropa empercudidas de humo y vapores etílicos, también un turbio perfume de mujer cuyo origen achaqué a desvaríos de mi imaginación. “Carlos nos ha traído una película para que la veamos”, te dije, “siéntate aquí conmigo en el sofá. Ya verás cómo te gusta”, y lo hiciste, sin decir nada, desarrapado y los faldones por fuera. Poco después, cuando el sentimiento volvía a

gotearme algunas lágrimas, tú roncabas ajeno a la bella historia que mostraba la pantalla.

Existe otra razón por la que Carlos nos trajo la película. En ella, el protagonista regala decenas de veces una palabra exquisita, la misma palabra que tú solías emplear conmigo y que nuestro hijo mantenía almacenada en un cajón cerrado de la memoria a pesar de llevar ya tanto tiempo sin oírla de tus labios. Roberto Benigni llamaba constantemente *princesa* a Nicoletta Braschi, con brillo en los ojos, con dulzura, con los labios doblados en una mueca de felicidad. ¿Recuerdas la primera vez que me llamaste princesa? Supongo que sí, o quizá no, en aquella fiesta de fin de curso en la que sellamos nuestro primer beso y me dijiste que iba guapa como una princesa. Me arreglé exclusivamente para ti, para que tus ojos se imantaran conmigo y no tuvieras más remedio que enamorarte. Luego me lo repetiste tantas veces como estrellas en el cielo, el mismo día de nuestra boda, cuando silueteabas con tus manos mi cuerpo desnudo, cuando nació Carlos. Eran esos tiempos felices que nunca se desea que acaben, en los que paladeaba gozosa cada segundo, y que sin embargo fueron marchitándose como el verdor de la hierba en verano.

Me pregunto por qué dejaste de quererme, si fue consecuencia de la rutina o porque mi cuerpo extravió su esbeltez tras el embarazo y el parto, o hasta qué punto influyó que te quedaras en el paro para comenzar a culpar al mundo de tus males, receloso de que yo sí tuviera trabajo. Lo cierto es que un día dejaste de llamarme princesa y en nuestra casa se aposentó un vaho solidificado que congeló los corazones. También comenzaste a frecuentar esos bares de barra grasienta donde rumian los corazones frustrados y carcomidos de veneno, porque así era como te mostrabas, envenenado, tu rostro transformado en una máscara terrible, como una metamorfosis pérfida del hombre bueno y amable que me besó en aquella fiesta de fin de curso.

¿Sabes qué? Hay una escena de *La vida es bella* que se me quedó grabada con fidelidad cinematográfica, nunca mejor dicho. Se trata de cuando Roberto Benigni es detenido por su condición de judío y trasladado a un campo de concentración junto a su pequeño hijo. Su esposa, interpretada por Nicoletta Braschi, está exenta del castigo porque por sus venas corre sangre de la que no recelan los fascistas, pero cuando es informada de la tragedia de su familia no duda en plantarse ante el oficial del ejército alemán para exigirle que a ella también la embarquen en el tren abominable, junto al resto de presos hacinados entre los que se encuentran su marido y su hijo. Admiré su valor, su renuncia personal para subirse al tren y no abandonar a los suyos. Tú también te habías convertido en pasajero del tren al que nadie debe subirse, el que vuelve tristes a las personas y les roba sus buenos sentimientos, pero yo no dudé ni un momento en incorporarme junto a ti para rescatarte, mostrándote mi mejor cara en los días brumosos en los que te levantabas con el humor agrio, animándote cuando un día más volvías con tu autoestima pisoteada al no encontrar trabajo, intentando amarte aunque en ti sólo hallara rechazo.

Nuestra relación se derrumbaba porque lo que había sido más sólido, los cimientos con que la edificamos, estaban siendo corroídos por un óxido putrefacto. Sentí una envidia enorme del pequeño Josué, el hijo de Benigni en la película, cómo en todo momento su padre trata de enmascarar la horrible realidad del campo de concentración para mantenerlo apartado del sufrimiento. Tú hiciste todo lo contrario, el mundo se había mostrado tan injusto contra ti que te creíste con licencia para descargar tu frustración contra quienes más te queríamos. A Carlos también le gritabas, o no te molestabas en disimular ante él tu menosprecio hacia mí. Eso no debe hacerse jamás delante de un hijo; son esas cosas que quedan para siempre cosidas en la memoria con hilo doloroso. Se volvió taciturno, esquivo, aislado en su habitación ante la tormenta

desatada en casa. Sus notas también se resintieron, cómo no. Él, que siempre había sido estudiante destacado, nos trajo su primer boletín tachonado de suspensos, algo que encendió en ti la llama de la ira porque cualquier motivo te bastaba para ello, sin percartarte de que no había más culpable de aquel fracaso escolar que tu actitud displicente. El piso retumbó cuando diste el portazo, cuando te largaste para ahogar tu rabia en quitapenas en cualquier bar sórdido. Carlos se quedó mirándome, resquebrajada la coraza con la que hasta entonces se había protegido, y se vino a mí, abrazándome, iniciando un llanto pausado que le fue secando por dentro. Aquel día se inició la inevitable cuenta atrás.

No volviste aquella noche, ya lo sabes tú bien, ni quiero saber por dónde paseaste tu amargura una vez que comprobé que no te había sucedido nada malo, pero en las interminables horas de soledad en la cama recorrió mi cuerpo el ciempiés de la duda, el temor de que te hubieras despeñado con el coche por cualquier barranco, ahito de alcohol, el artificioso remedio para tus males. Cuando apareciste con el sol recién despertado semejabas un espectro en vida, desaliñado, maloliente, los ojos cavernosos, un espectáculo deplorable que le atragantó a Carlos el desayuno y que me dio pie para reprocharte tu actitud deleznable e irresponsable. Sabía a lo que me enfrentaba, pero era mi deber, conseguir despertar a ese hombre del que una vez me enamoré y que permanecía dormido desde hacía ya demasiado tiempo. Pero tu reacción no fue la que yo deseaba. Enardecido por los efectos de las últimas copas me gritaste como nunca, sin importarte el horror que causabas en tu hijo; me llamaste puta delante de él, a mí, que me he desvivido por nuestra familia, y por último, levantaste una mano que hasta entonces había permanecido encadenada por la decencia. Quedó tensa en el aire, como la cuerda de un arco a punto de dispararse, y habría descargado contra mi cara de no ser porque Carlos te suplicó que no lo hicieras. Qué triste, un hijo suplicando a su padre

para que no maltrate a su madre. Nunca pensé que eso llegaría a suceder en nuestro hogar, a nosotros, que tan felices habíamos sido. En ese momento sentí clavadas mil agujas en el corazón, el alma desgajada en trocitos dolorosos; un silencio espeso se adueñó de la casa y me asusté contemplando el presente negro como el telón de fondo de un escenario, con la amarga sensación de que entre tú y yo el tiempo había cumplido.

Ya te he dicho que comenzó la cuenta atrás, ese reloj que fue rebajando el valor de sus dígitos hasta que marcó el cero de nuestra relación. Aunque no llegaras a golpearme, cuando tu mano descendió reblandecida el mundo ya había cambiado; el simple hecho de haberlo intentado marcó un punto de inflexión de difícil retorno. Me giré con el estómago anudado para perderme en nuestro dormitorio y después en el de Carlos, con la urgencia de preparar la maleta, y entonces fui yo la que te dejé plantado, cogí a nuestro hijo y nos marchamos a casa de mis padres, un lugar remansado donde poder recuperar la calma y meditar pausadamente sobre el futuro que se me presentaba como una catarata de interminable caída. Qué duro es comprobar que tu proyecto de vida se ha quebrado como la rama frágil de un árbol, que ya no es el tronco robusto en el que te habías encaramado para otear con seguridad el horizonte. ¿Cuántos días pasaron? Tres, quizá cuatro, no sé, porque cuando se está hundida en un pozo oscuro el sol deja de marcar el paso del tiempo. “Es tu marido”, me decía mi madre repetidamente, “que te pongas al teléfono”, pero yo no reaccionaba, me había quedado con el interruptor abierto y la luz apagada. No fue hasta que mi propio cuerpo se rebeló, alertándome de las heridas que origina la depresión permanente, que no decidí abrir las persianas que mantenían velado mi corazón y comencé a respirar aire puro de nuevo. Tuve claro que no deseaba volver a tu lado, no porque hubiera dejado de quererte, de eso estaba segura, sino porque me dabas miedo. Aun así, acompañada de mi padre, me acerqué hasta nuestro hogar aquella tarde de viento desabrido adueñado de las esquinas.

para abastecerme de la ropa y elementos necesarios que quedaron postergados en la huida precipitada. Al introducir la llave en la cerradura tuve la sensación de furtividad, de que aquella casa ya había dejado de ser lo que durante tantos años fue para presentarse ahora como fría y extraña. No sé qué me esperaba encontrar, pero en todo caso no aquello. El sonido se me hizo familiar, lo reconocí al instante, esas voces dobladas al español en las que Nicoletta Braschi y su hijo Josué se abrazan emocionados al final de *La vida es bella*. Ambos habían logrado escapar con vida del infierno, pero el bueno de Benigni ya había muerto por una bala cobarde tratando de salvar a su pequeño. Hasta el último momento mantuvo la sonrisa para que Josué no supiera en qué tipo de agujero inmundo lo habían encerrado. Tú estabas allí, en el sofá, tan absorto en la película que ni te enteraste de mi intromisión. Desde el quicio de la puerta detuve a mi padre con un ademán, y me quedé contemplándote durante unos segundos, tal vez minutos, no sé. Jamás te había visto el rostro emborronado de lágrimas como aquel día. Ya sé que la película es profundamente sentimental, pero eso no te habría hecho llorar nunca. Lo sé porque te conozco incluso mejor que a mí misma. Deduje que llorabas por otra razón, porque te viste reflejado en el triste final de *La vida es bella*, Nicoletta y Josué vivos y abrazándose, Benigni muerto, y estoy convencida de que tú mismo te viste muerto, tan distante de la familia que tanto te quería. La escena quedó petrificada, tú inmóvil con la mirada pegada a la pantalla y yo expectante en la puerta, hasta que te diste cuenta de mi presencia. Aún puedo rememorar tu reacción a cámara lenta, una imagen en blanco y negro y sin sonido, tú levantándote, dirigiéndote hacia mí, clavando tus ojos en los míos, y luego abrazándome con un sentimiento olvidado durante años.

Quizá algún día te preguntes por qué he escrito lo sucedido en esta larga carta cuyo único destinatario eres tú. Quedará custodiada en un cajón, para mostrártela sólo si

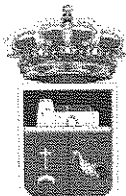
algún día se hace imprescindible y recordarte lo que nos ocurrió, como esos pasajes trascendentes y fatídicos de la Historia que siempre conviene mantener en la memoria para que no vuelvan a repetirse. Aquel abrazo interminable supuso el pacto de una nueva alianza, la disolución de los nubarrones de lluvia sucia que impregnaban mi alma, un enorme arrepentimiento y muchos perdones que pedir. Ahora la vida vuelve a fluir limpia, y aunque aún no has encontrado trabajo vuelves a quererme y a llamarme princesa, esa palabra tan necesaria que me alegra el día. Todo se arreglará, de eso estoy convencida.

Carlos ya devolvió a su profesora la película que consiguió enderezar nuestro rumbo torcido. A cambio, le dije que me bajara de internet el tema central de *La vida es bella*, convertidos en vulgares piratas informáticos. Me da igual, no tuve otro modo de encontrar la canción original. Nos acompaña a diario, recordándonos que, en efecto, la vida puede ser bella, y me dejo mecer suavemente con su melodía recordando las palabras que Josué le dice victorioso a su madre al final de la película: "Hemos ganado". Nosotros también hemos ganado, cariño, y aquí te lo dejo escrito para que nunca lo olvides. Un beso de quien te quiere.



# XIV CERTAMEN LITERARIO

# mujer y literatura



Ayuntamiento de Vúcar  
*Concejalía de Mujer e Igualdad*  
*Corazón del Poniente*

*El mundo*

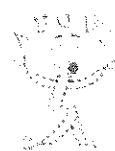


Vúcar  
*mucho*



Centro Municipal de Información a la Mujer de Vúcar  
Instituto Andalés de la Mujer  
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL

Asociación de Mujeres CALIZA  
Asociación de Mujeres CLARA ZELKIN  
Asociación de Mujeres ALBAHACA  
Asociación de Mujeres del Mundo Rural CERES



ASOCIACIÓN FOTOGRAFICA DE VÚCAR

*Relato Corto*  
*Segundo Premio*

## 2º Premio. RELATO CORTO

MODALIDAD DE RELATO CORTO

AYUNTAMIENTO DE  
VICAR (Almería)

### ENCARNA Y EL ESCONDÍO.

25 ENE 2010

REGISTRO DE ENTRADA

Núm. 5 Espero con impaciencia a que llegue la próxima Navidad. Mi mujer dice que con  
*RELATO CORTO*

nuestra edad tenemos que disfrutar los momentos como si fuesen el último y no se equivoca. Nunca lo ha hecho. La quiero tanto. Por ella hice lo que hice, bueno por ella y por mis dos hijos, Laura y Francisco. Va a ser difícil contarle mi historia porque mi cabeza ya está un poco desordenada y cuando busco un recuerdo me aparece un hilillo de otro, del que tiro por curiosidad para ver donde me lleva y lo único que consigo es perderme en una maraña de anécdotas, de caras, de nombres, de fechas. Así que intentaré centrarme en mi historia sin tirar mucho de los deshilachados retazos de mi vida.

Como les decía, esta Navidad, será especial. Porque si hasta ahora estas fechas eran unos fugaces días de descanso en la rutina diaria, la de este año será el comienzo de una nueva vida. Tendré que cambiar mis rutinas, aunque intentaré no alterarlas demasiado, porque como dice mi mujer, "para que cambiar algo que funciona bien". Es tan lista y eso que no pudo ir a la escuela. Si tuviese estudios como mínimo sería la alcaldesa del pueblo, bueno y sin ellos hubo un año que estuvo a punto de...., ya empiezo otra vez a tirar de donde no debo.

Los últimos veinte años, desde que se fueron mis niños a estudiar a la capital, mi Laura es abogada y mi Francisco algo del Medio Ambiente, nunca he tenido muy claro que es lo que hacía. El caso es que en los últimos años, los niños venían dos o tres días antes de la Nochebuena y el veintiséis ya se estaban marchando para celebrar el año nuevo con sus amigos. Mi mujer preparaba comida para un regimiento y luego nos pasábamos todo el mes de enero comiendo de las sobras. Nosotros comemos muy poco y lo hacemos más porque el cuerpo lo pide, pero no porque nos apetezca demasiado. Eran unos días

---

UN RELATO DE LA ENCANTADORA DE ABEJAS

tranquilos donde probábamos las conservas que hacía mi mujer, el vinillo de las viñas, salíamos a cazar mi Paco y yo. Luego llegaron las parejas y por culpa de alguna, unos años faltó mi hijo. Cada vez que me acuerdo de esos años me pongo enfermo. La culpa es de mi Francisco por no dejar las cosas claras, menos mal que cuando se casaron fue al revés de todas las parejas y fue él quien tomó las riendas de la casa. Es una buena chica pero al principio, supongo que también por sus padres, esto le parecía poca cosa para pasar la Navidad. A lo mejor fue eso y no que mi Paco se plantase. Lo mismo se dio cuenta que como éstas ninguna. Yo que sé, mi mujer dice que eso pasa en todas las familias, que no es cuestión de hombres ni mujeres que se planten, y si ella lo dice habrá que hacerle caso.

Después llegaron los nietos, dos parejitas muy parejas. Laura tuvo al niño primero y luego la niña. Le puso nuestros nombres, José y Encarnación. Francisco al revés, primero a Carmencita y luego a Paquito. Cuando se juntan todos aquí es una fiesta y eso eran las últimas navidades, risas, juegos, paseos por el campo, llantos, gritos, villancicos y panderetas... pero duraba tan poco. Era irse ellos y quedarse la casa en silencio. Nos alegrábamos por volver a la rutina, pero se nos quedaba un pellizco en el corazón. Mi mujer se pasaba unos días cabizbaja, recogiendo y poniendo en su sitio todo lo que los niños cambiaban. Yo lo notaba menos con las tareas del huerto, pero al ver a mi Encarna tristonera me ponía también melancólico. Esos días intentaba animarla, contándole al oído las coplillas que la enamoraron cuando éramos unos críos, pero la sonrisa le duraba lo que tardaba el eco de mis canciones en desaparecer.

Pero eso se acabó. Este año vienen para quedarse. Si un día se fueron a la ciudad para buscar un futuro mejor, ahora se vuelven al campo para asegurarse ese mismo futuro. El mundo se equivocaba con tantas ciudades. Ponían a tu alcance lujos impensables unos años antes, luz eléctrica, agua caliente, la televisión, los cines, los bares... Era todo tan

atractivo que muchos, mirando las miserias del campo, recogieron sus bártulos y abandonaron las tierras que les dieron de comer, pensando que en las ciudades la comida la regalaban en las esquinas. Si no llega a ser por mi Encarna nosotros también nos hubiésemos ido, pero ella decía “¿para qué tanto?, si no es más rico el que más tiene, sino el que menos necesita”. Qué razón tiene. Pues nos quedamos cuando otros se fueron y compramos algunas fincas que mal vendieron para irse y ahora fíjate. La crisis esa del mundo que lo ha puesto todo patas arriba nos devuelve a los hijos. Quien me lo iba a decir. Ver a mi Paco y a mi Laura llevando las tierras que yo pensaba que terminarían mal vendidas cuando me muriese. Ojalá la crisis dure mucho tiempo, bueno eso no, que hay mucha gente que lo está pasando muy mal. Pero lo que sí estaría bien es que durase lo suficiente para que nos diésemos cuenta de las barbaridades que hemos hecho. Pero como dice mi Encarna, “la memoria es muy corta, aunque para lo que nos interesa dura toda la vida”. Y yo sé porque lo dice cuando me mira y en sus ojos veo la rabia que la come por dentro. Es un pedazo de pan pero cuando recuerda aquellos tiempos se la llevan los demonios. No sé si aventurarme en este hilillo, pero si no lo hago la historia no quedara completa. Además si los niños vuelven a casa es porque nos fuimos y si nos fuimos fue por lo que sucedió, que nos marcó para siempre y como dice mi Encarna “para que un árbol de sombra, buenas lluvias le cayeron”.

En el pueblo me conocen como José El Escondío. Y ya saben que estas cosas pasan de padres a hijos y de hijos a nietos. Hay mucha gente para la que el mote no deja de ser más que un nombre, algo sin importancia una vez pasado tanto tiempo, pero hay otros vecinos que tienen la memoria muy larga, aunque más que la memoria, la envidia y el rencor. Son gente mala, que su dolor les impide perdonar y olvidar. Y eso es lo que a mi Encarna le saca de sus casillas, esas gentes que dice lo del Escondío con retintín, con ganas

de hacer daño. Ella que es muy lista, hace oídos sordos a lo que dicen esos vecinos y no se mete en discusiones absurdas, pero cuando llega a casa se desahoga conmigo y si la escuchas en ese momento sin conocerla, pensarás que es una bruja capaz de escupir veneno con sus palabras. Yo la escucho y la tranquilizo lo que puedo, pero a veces la toma conmigo y la dejo sola un rato para que se le pase. Luego todo vuelve a la calma, como sucede tras la tormenta.

Todo sucedió al empezar la guerra. Mi hermano Antonio y yo estábamos listos para marchar al frente. Mi hermano hablaba de defender el honor y la dignidad de la patria pero yo solo pensaba en mi Encarna y mas allá de ella no había patria ni honor que me importasen demasiado. Pero lo acompañaba porque era mi obligación o eso decían todos en casa. El caso es que dos noches antes de nuestra partida nos tocó cuidar el rebaño en la sierra y aprovechamos la soledad del monte para bebernos con los amigos unas botellas de vino, mezcladas con el frío y el miedo ante lo que nos esperaba. Aquella noche bebimos más de la cuenta, quizás el miedo necesita mucho vino para calmar su sed, y todos pillamos una buena cogorza. Tan grande que aparecimos cada uno de nosotros dormido en una parte diferente de la sierra. El destino quiso que el sueño de Antonio lo sorprendiese encima de una laja de pizarra, cómoda como ninguna, pero fría como la muerte. No se me va de la cabeza su cuerpo acurrucado sobre aquella piedra. Desde entonces no bebo vino, ni nada que me impida pensar con claridad.

Tras la muerte de Antonio, me entró el miedo y le dije a mi Encarna que no quería ir a la guerra. Ella me hizo pensar en las consecuencias y los problemas que podría tener pero cuando le dije que no quería separarme de ella nunca, pensó en un plan. Me escondió en una cueva donde su padre guardaba el ganado las noches de invierno. En una pequeña cavidad que encontró un día persiguiendo a un corderito. Nunca se lo había contado a

nadie y era el escondite perfecto. Allí permanecí el tiempo que duró la guerra. Ella iba diciendo en el pueblo que era un cobarde, que la había abandonado por miedo y que nunca más quería volver a verme. Todos la creyeron y la compadecieron durante un tiempo.

Al terminar la guerra salí de mi escondite y conté que había estado en el frente, luchando desde el primer día. Ella dijo a todos que la habían engañado y me perdonó. Pero hubo vecinos que no nos creyeron y nos hicieron la vida imposible. Unos por traidor y cobarde, otros porque se acordaban de sus familiares muertos en una guerra que nadie deseaba. Mi Encarna lo tuvo claro cuando empezaron los problemas y decidió que nos iríamos a Francia. Siempre ha sabido lo que hay que hacer en cada momento y eso era lo mejor para los dos. Pasamos allí diez años, hasta que nos llegó la noticia de que su padre había muerto. Volvimos para acompañar a su madre unos días y convencerla de que se viniese con nosotros, pero fue ella la que nos convenció a nosotros y nos quedamos. Algunos recordaban lo sucedido, pero el tiempo había curado las heridas más peligrosas, y sus reproches solo nos causaban heridas sin importancia. Desde entonces vivimos aquí, donde crecieron nuestros hijos, donde nos hicimos fuertes el uno con el otro. Hablamos poco de este tema entre nosotros pero cuando lo hacemos siempre me dice “el amor nos abrió los ojos y por eso supimos reaccionar. Si todos hubiesen pensado con el corazón quizás la guerra no hubiese existido”. Y tiene razón. Sufrimos el desprecio de muchos pero permanecimos juntos y gracias a eso, nuestros hijos nacieron y hoy, vuelven a casa.

No hago nada más que pensar en las fiestas que se avecinan. Imagino que mientras las mujeres cocinan, nos llevamos a los niños a la montaña a buscar algo con que adornar la mesa. Piñas, erizos de las castañas, piedras bonitas, ramas secas, todo nos será útil. Luego volveremos y los colocaremos de forma elegante. Eso nos tendrá entretenidos casi todo el día. Mientras, Paco y Guillermo, su cuñado, harán planes en la finca. La van a

poner a funcionar como en su día la tuviese yo. Recogerán la aceituna, labraran los almendros y tienen pensado experimentar con un cultivo de setas que han visto que en otras partes está dando mucho dinero. Yo no quiero saber nada de lo que van a hacer, porque mis ideas ya están anticuadas y ellos más jóvenes tienen más posibilidades de traer cosas nuevas. Aunque estoy convencido que luego harán las cosas como yo les diga, porque son dos hombres respetuosos con sus mayores. Hemos tenido suerte con los hijos porque han salido todos muy sensatos y han encontrado parejas que también lo son. El mérito lo tiene mi Encarna que supo llevarlos bien derechitos. Ella siempre repetía, “Si no enderezas el árbol al nacer, torcido lo vas a ver crecer”, y yo la dejaba hacer.

La cena será maravillosa, llena de risas, de villancicos. Después de cenar llegarán los niños del pueblo como cada año a pedir el aguinaldo. Nunca les damos dinero, pero les hacemos pasar y los invitamos a un refresco y unos chocolates. Otros años mis nietos se les quedaban mirando, sorprendidos por verlos solos de casa en casa, sin compañía de ningún adulto. Este año, como no tienen que salir corriendo después de cenar para volver a sus casa, les dejaré que se vayan con ellos, que si van a ir al mismo colegio tendrán que hacer amigos ya. Se quedaran mirando a sus padres, sus madres me mirarán a mí como si estuviese loco, pero mi Encarna dirá que tengo razón, que cuanto antes se integren en las tradiciones mejor para ellos. Así que cogerán sus panderetas y se marcharán a la calle. La fiesta entonces irá apagándose, por lo menos para mí, que la edad no perdona, y aunque sea Nochebuena el cuerpo pedirá acostarse pronto. Los jóvenes se quedaran alrededor de la chimenea hablando de sus cosas, del pasado, del futuro.

Al día siguiente iremos a comer al Bar de Juan, en el arroyo de Celín. Siempre íbamos allí a echarle de comer a los patos. Un día Laura se tropezó y se metió hasta las rodillas en el agua, todos menos ella, nos moríamos de la risa. Mi Paco le echaba pan como

si fuese un pato y mi Encarna, aguantando como podía la risa, nos regañaba por las carcajadas que estábamos soltando. Otra vez, los hilos del recuerdo. Decía que iremos al Bar de Juan y luego para tomarnos el café volveremos a la casa, al rincón de la chimenea, a soñar los deseos. Lo pasamos bien comparando los sueños con la realidad. Seguro que este año el tema es la crisis que los trae otra vez al pueblo, porque ni en nuestros mejores deseos hubiésemos imaginado que vendrían para quedarse. Pero no, maldito viejo, este año no será ese el tema.

No sé si olvido por la edad o porque aún la siento conmigo. Este año mi Encarna será de lo que hablemos continuamente, aún los silencios nos recordarán a ella. Tengo que ser fuerte, lo sé, lo sé. Todos me lo dicen y yo me lo repito cada mañana al levantarme, cada noche al acostarme, pero no encuentro la forma. Han sido tantos años juntos, tantas cosas vividas, tantas experiencias que no sé vivir sin ella. No estaba preparado para que se fuese. Siempre decía que “yo me iría primero, que no me cuidaba lo suficiente” y se equivocó. Por una vez en su vida. Se equivocó cuando no tenía que haberlo hecho y me dejó solo. Y tenía razón, yo no me cuidaba lo suficiente, pero no me hacía falta porque ella lo hacía por mí. Me mimaba, me protegía, me quería tanto que le he sobrevivido. A veces pienso que mis hijos se vienen para cuidar de mí, para que no esté solo. Que eso de la crisis es la excusa perfecta para no hacerme sentir como un viejo, y cuando eso se me pasa por la cabeza, me entristezco porque tienen razón. Soy un viejo, ahora solo, que no sabe cuidar de sí mismo porque siempre lo hizo su Encarna. ¿Por qué no te dio tiempo ni a llegar a la primavera?. Si te hubiese cuidado tanto como tú, a lo mejor...no, no, no... no quiero pensar en eso, no quiero volverme loco por su ausencia.

Da igual porque se vengan los niños a casa, el caso es que se vienen con los nietos. Me darán la vida que me falta desde que no estás, me darán las fuerzas para salir al huerto,



mantener la casa. Ellos me cuidarán, me mimarán como tú lo hiciste y yo les contaré cosas de ti para que no te olviden. Sí, así va a ser. Pasaremos unas fiestas alegres, recordándote entre risas, sin lágrimas, sin penas. Tú siempre lo decías, “las lágrimas no borran las penas, pero riegan los árboles. Si tenemos que llorar, que sea de alegría”. Siempre tenías razón. No voy a llorarte delante de todos, pero perdóname si te lloro a solas, aunque sea un poquito de vez en cuando.

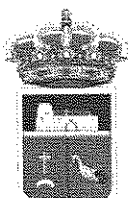
Perdonad que haya vuelto a tirar de los hilos del recuerdo. ¿Por dónde iba? Ah, sí, decía que hemos debido ser buenos en la vida porque Dios nos regaló estos últimos años de felicidad, paseando a los nietos por el campo, enseñándole las setas buenas y las que no, ayudándoles a cruzar el río, a jugar entre las ramas, aguantando las regañinas de mi Encarna por dejarlos hacer de todo. Esa sí que es una suerte, estar los dos todavía juntos, con los años que llevamos sin separarnos, con la de problemas que tuvimos.

A veces pienso qué hubiese sido de nosotros si Antonio se hubiese abrigado aquella noche, pero eso es mucho pensar y como dice mi Encarna, “hay muchas cosas buenas en las que perder el tiempo que enredarse en lo que pudo haber sido y no fue”. Siempre tiene una frase acertada para todo y por eso la quiero tanto. Así que pensaré en las cosas buenas que aún nos quedan por vivir. Pensaré en la Navidad que se acerca y sobre todo en los nietos, que se vienen para siempre. Ya ves, para siempre, ¿quién lo iba a decir?

## **LA ENCANTADORA DE ABEJAS**

# XIV CERTAMEN LITERARIO

# mujer y literatura



Ayuntamiento de VÍCAR  
*Concejalía de Mujer e Igualdad*  
*Corazón del Poniente*

COMUNIDAD



VÍCAR  
*COMUNIDAD*



Centro Municipal de Información a la Mujer de VÍCAR  
Concejalía de Igualdad de Oportunidades  
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL


Asociación de Mujeres CALIZA  
Asociación de Mujeres CLARA ZELKIN  
Asociación de Mujeres ALBAHACA  
Asociación de Mujeres del Mundo Rural CERES



ASOCIACIÓN FOTOGRAFARTE OLIVAR

*Poesía*  
*Primer Premio*

1<sup>er</sup> Premio. POESIA

 AYUNTAMIENTO DE  
VICAR (Almería)  
11 FEB 2004  
REGISTRO DE ENTRADA  
Núm. 5  
POESIA

Título: "MINERVA"

Pseudónimo: Neftali Bidón

# Ahora

## I

De la mano de tu boca  
paseo por besos y palabras.

## II

Una página en blanco y la poesía,  
tu cuerpo desnudo y el amor:  
mis manos tentando la eternidad,  
deleitándose en la sublimación.

## III

Mis sentidos tienen sentido  
porque saben de los tuyos gozando  
de las dulces, recíprocas mieles  
que derrama el amor hecho acto.

## IV

Tenía razones para amarte  
incluso antes de conocerte;  
tendré razones para amarte  
incluso después de perderte;

pero durante, nuestro amor  
no se razona, ahora se hace.

## Tu nombre no envenena mis sueños

### *Amor:*

Una palabra para nombrar  
la esperanza y el sentido  
que acerca nuestra vida  
al hogar de la plenitud.

### *Deseo:*

Una palabra para nombrar  
la contundente inutilidad  
que tu cuerpo impone  
al resto de las palabras.

### *Paz:*

Una palabra para nombrar  
la maravilla que tu rostro,  
ya dormido tras el milagro,  
regala a nuestra quietud.

### *Minerva:*

Una palabra para nombrar  
la silenciosa necesidad  
de la boca que te pronuncia:  
amarte, desearte, en paz.

## Los ojos de Minerva en el espejo

Si yo fuera mujer  
engañaría al espejo  
entregando mi amor  
al paso del tiempo.

Si yo fuera espejo  
cerraría los ojos  
mostrando sueños,  
obviando despojos.

Si yo fuera ojos  
viviría tu imagen  
con un solo sentido:  
no ser de nadie.

## Mis ojos

Mis ojos en el espejo  
son ajenos, de nadie;  
mis ojos en los tuyos  
son suyos, del amor.

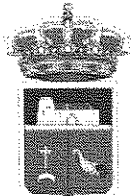
## Fluir

En ti hallé un cauce de libertad  
para el rico caudal de mi interior.  
Fue ayer que te amé por necesidad.  
Es hoy que te necesito por amor.



# XIV CERTAMEN LITERARIO

# mujer y literatura



Ayuntamiento de Vúcar  
*Concejalía de Mujer e Igualdad*  
*Corazón del Poniente*

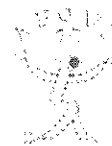


Vúcar  
*mucho*



Centro Municipal de Información a la Mujer y a la Familia  
Instituto Municipal de la Mujer  
CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL

Asociación de Mujeres CALIZA  
Asociación de Mujeres CLARA ZELKIN  
Asociación de Mujeres ALBAHACA  
Asociación de Mujeres del Mundo Rural CERES



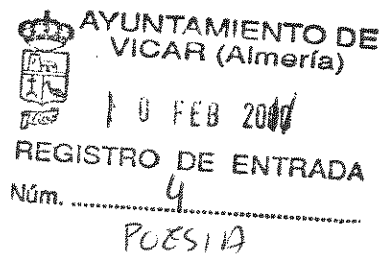
ASOCIACIÓN FOTOGRAFICA LA TIERRA

*Poesía*  
*Segundo Premio*

2º Premio. POESIA

**XIV CERTAMEN LITERARIO**  
**"MUJER Y LITERATURA"**

**MODALIDAD DE POESÍA**



Título:

**"Tres mujeres y la luna"**

Seudónimo:

**"Ignacio Abel"**

## AZUL DE PRUSIA

No sé.  
No recuerdo si afuera soplaban el viento  
y las ramas crujían.

Ahora  
    tan lejos  
        pienso  
que quizá ella fuese desabrigada  
para ser invierno,  
que la noche probablemente  
nos envolvió sin demora,  
que fue la inminencia de sus labios  
lo que nos dejó sin palabras.

No sé.  
No recuerdo la voz apurada  
de los relojes.

Creo que, al salir,  
el camarero se despidió  
    -Lara-  
y las sombras nos recibieron  
con esa educada aspereza  
que siempre precede a la despedida  
de dos desconocidos.

## LIBRO DE PRESAS

Aquel brindis imprevisto se prolongó  
más de lo debido.

Me describió ese patibulario albergue  
de la cobardía  
al que algunos llaman renuncia,  
me habló, sin prisas, de sus barcos varados  
en la noche,  
de aquellas tercas palabras  
que gotean impávidas  
durante el silencio.

Peregrinas, como la lluvia  
que siempre demora su encuentro  
con los valles del sur,  
fueron cayendo las horas  
en la red de la pertinaz memoria

y sin previo aviso,  
todavía recóndita pese a las confianzas,  
se alejó de la barra sin anticiparme  
por qué desde entonces  
se van desdiciendo  
mis certezas lentamente.

## IRENE Y SU AUSENCIA

Irene revive el vacío,  
acaricia con manos torpes  
su deforestada presencia,  
se enfrenta, íntima, a los espejos  
y -si te descuidas, amigo-  
puede que aún prescriba el hastío  
al otoño.

Irene,  
que aún regresa diariamente  
de aquellas tabernas,  
se despereza entre las sábanas  
del olvido  
y se escurre, traviesa,  
entre tus brazos.

No olvides -amigo- que,  
Irene, acabó siendo  
la heroína que de sí deserta,  
porque siempre ha de suceder  
la vida  
a sus propios tributos.